

INFLUENCIAS DE MIGUEL DE UNAMUNO EN ERNESTO SÁBATO Y EL PENSAMIENTO ARGENTINO

Miguel Unamuno's influences in Ernesto Sábato and the Argentine thought

Alejandro HERMOSILLA SÁNCHEZ

Universidad de Murcia
<adler136@hotmail.com>

Fecha de aceptación definitiva: Septiembre 2007

RESUMEN: El artículo tiene como objetivo estudiar las influencias que el pensamiento de Unamuno ha ejercido sobre la obra de Ernesto Sábato y otros autores argentinos. Para conseguir este objetivo, el artículo analiza la particular interpretación de Unamuno del mito de Caín y Abel y observa cómo la misma ha sido fundamental para delimitar los parámetros a través de los que la literatura argentina y, concretamente, la obra de Sábato trabaja.

Palabras clave: Caín, ceguera, emigrante, exilio, guerra.

ABSTRACT: The article has like as objective to study the influences that Unamuno's thought has exercised on the work of Ernesto Sábato and other Argentine authors. To obtain this objective, the article analyzes Unamuno's particular interpretation of the myth of Cain and Abel and observes how the same one has been fundamental to delimit the parameters across which the Argentine literature and, concretly, Sábato's work works.

Key words: Caín, blindness, exile, emigrant, war.

Cuando no se cree más que en la vida de la carne,
se camina a la muerte
Miguel de Unamuno

Resulta, ciertamente, curioso el comprobar cómo en muy pocas ocasiones se ha destacado la importancia que ha tenido el riguroso pensamiento ensayístico de Miguel de Unamuno e incluso algunas de sus obras creativas sobre la literatura argentina y, más en concreto, sobre la obra de Ernesto Sábato, influenciada a su vez por la obra de autores como Ezequiel Martínez Estrada o Héctor Murena.

Verdaderamente, para comprender el proceso que llevará a Ernesto Sábato a escribir *El túnel* resulta bastante válido hacer una lectura de los planteamientos de Unamuno sobre un tema, el mito de Caín y Abel, que fue condicionante máximo de la literatura de Ernesto Sábato así como de la literatura argentina.

Si nos fijamos, y teniendo en cuenta la interpretación que del mito de Caín realizaría el ensayista argentino León Rozitchner¹, la errancia de Caín es una condena producida a causa de su profesión, agricultor, que le conduce a apropiarse de los frutos de la madre tierra, a poseer a la mujer de Yahvé (Eva) y afrontar una incestuosa relación que desatará la ira del Dios judío y provocará el gesto de aprecio con el que premia a Abel, cuya profesión de ganadero no le hace entrar en competencia con su padre²:

Sobre el hijo, Caín, cosa de la madre, que trabaja como agricultor sobre la tierra que prolonga su cuerpo, Jehová [...] hace caer el desprecio y el odio que siente el padre frente al primogénito. No quiere las ofrendas de ese hijo que lo suplanta en el corazón de la mujer que ama, porque en los bienes de la tierra que Caín extrae al surcarla es el cuerpo amado de la mujer que él hizo madre lo que recibe de su hijo³.

Por esta razón, el todopoderoso Yahvé permite que Caín siga con vida tras el asesinato de su hermano. Porque el mayor castigo para Caín no es otro que separarle

1. Será esta una interpretación muy similar a la de Gilles Deleuze, quien nos señalará «Caín también es el agricultor, el preferido de la madre. Eva saludó su nacimiento con gritos de alegría, pero no sintió lo mismo por Abel, el pastor, ubicado del lado del padre. El preferido de la madre llegó hasta el crimen para romper la alianza del padre con el otro hijo: mató la semejanza del padre e hizo de Eva la diosa-madre» en DELEUZE, Gilles. *Sacher Masoch & Sade*. Córdoba: Editorial Universitaria. 1969. 85 pp.

2. Nos indica entonces León Rozitchner que «el odio de Caín contra su hermano Abel es un odio transitivo; odio puesto por el padre sobre el primogénito amado de la madre. Ese odio de muerte lo ejecuta Caín, inocente, sobre el hermano preferido en el amor del padre que lo dejaba solo a merced de ella. [...] Este es el círculo infernal del patriarcado. Dios-Hombre sabe que cargó una muerte indebida sobre el hijo. En realidad Caín, el hijo primogénito, con el que la madre desplazó al marido, mata al hermano por no matar al Padre (que es Jehová para el caso)», en ROZITCHNER, León. *La Cosa y la Cruz. Cristianismo y Capitalismo. (En torno a las Confesiones de San Agustín)*. Buenos Aires: Losada. 2001. pp. 127-128.

3. *Ibid.*, 127 pp.

de los frutos de la tierra⁴, madre de Caín y esposa de Jehová, a la que con tanto amor se apegaba: «Dios pone sobre él su signo: Caín, el condenado por Dios-padre a errar en la tierra lejos de la tierra-madre. El primer infierno: errar eternamente sobre el cuerpo femenino de la madre sin poder asentarse. Convierte en infinito y circular al cuerpo materno, lo que más anhela, y que al mismo tiempo debe abandonar, paso a paso, al recorrerlo»⁵. Vaya a donde vaya se encontrará marginado de aquella primera dicha que tuvo, y el hecho de no poder regresar a abrazar el lecho materno y crecer a partir de él, le significará tener que aposentarse en otras tierras, rentarlas y por tanto disfrutar de aquéllas como se goza de una anónima mujer, la prostituta, sin rostro ni nombre sagrado (pues no ha sido bendecido por Dios), que no puede conceder el ansiado amor: «Por eso Caín, amado de su madre, es el antepasado, entre otras profesiones, de “Las mujeres alegres, que proporcionaban el regalo y los placeres de la vida urbana”. Es decir, de las mujeres placenteras»⁶.

Caín se desliga de la tierra y profundiza más en la caída del hombre que entonces comienza a ser exilio, anonimato. Pierde su nombre, pues donde acude nadie lo reconoce, y sus descendientes incapaces ahora de religarse a la tierra por medio de un vínculo sagrado, al haber sido expulsados para siempre de aquélla que fue concedida a su progenitor, vagan animalizados por el mundo —tal y como quisiera retratarlos Fernand Common en 1880— sin encontrar un lugar que puedan llamar suyo y germinar, pues cada posesión que hacen de la nueva tierra en la que se aposentan únicamente puede abrir el flujo de sangre de la herida que no cicatriza jamás. Por esto, su diáspora es esclavitud (*advut-galut*) y le conduce al exilio físico (*galut ha-guf*) y como consecuencia de éste, al destierro de su alma (*galut ha-nefesh*), que únicamente puede ser disimulado, aunque nunca borrado, en las costas de cemento que son las ciudades que lo separan de la naturaleza terrestre y, de las cuales, él es forzosamente el primer fundador: «Caín fue [...] el primer hombre que rodeó los campos con mojonos y construyó ciudades amuralladas en las que obligó a establecerse a los suyos»⁷, nos indicarán Graves y Patai.

Desde este punto de vista, es inevitable realizar una comparación que nos lleve desde los lamentos y exilios infinitos del Caín bíblico al emigrante europeo que había perdido su patria y se sentía castigado por una falta indecorosa a visitar y labrar nuevas tierras (América) y que será el principal forjador de la patria argentina: el protagonista de tantos y tantos libros de autores argentinos como Sábato, Larrea o Eduardo Mallea.

4. Otros de los castigos que, según Graves y Patai, le son adjudicados a Caín por su Dios, serían: «un hambre voraz que nunca se saciaba, la decepción en todos sus deseos, una perpetua falta de sueño y la orden de que ningún hombre debía ofrecerle amistad ni matarle», en GRAVES, Robert y PATAI, Raphael. *Los mitos hebreos*. Madrid: Alianza Editorial. 2001. 114 pp.

5. ROZITCHNER, León. *La Cosa y la Cruz. Cristianismo y Capitalismo. (En torno a las Confesiones de San Agustín)*. Buenos Aires: Losada. 2001. 128 pp.

6. GRAVES, Robert y PATAI, Raphael. *Los mitos hebreos*. Madrid: Alianza Editorial. 2001. 114 pp.

7. *Ibid.*, 116 pp.

Y, centrándonos ya más en el tema que nos ocupa en este artículo, es desde luego imprescindible para delimitar las influencias entre la literatura argentina y la obra de Unamuno, transitar aquella obra espléndida, en su talante verdaderamente profético, furioso, sobre la España dividida, partida en dos partes diametralmente opuestas que luego se verá sacudida por la guerra civil que es el *Abel Sánchez* o su famoso prólogo a *En torno al casticismo*.

Realmente, bastaría solamente centrar desde esta perspectiva una visión sobre *Abel Sánchez* para volver a releer la obra de Unamuno desde un ángulo que permita distinguirla como una obra clarividente sobre el destino que había de acoger a España en un futuro si no conseguía salvar sus contradicciones internas y enraizarse en un concepto de nación que sin dejar de lado sus ancestrales y —aun no esclarecidos del todo— orígenes, supiera abrirse a las corrientes que considerara válidas de la modernidad europea y las consecuencias que este hecho tendría para los hombres expulsados y salidos a la fuerza de la colectividad hispana. No sólo esto, sino que sería necesario una relectura de su *En torno al casticismo*, su *Del sentimiento trágico de la vida y los pueblos en España* o su famoso artículo «La envidia hispánica» dedicado a comentar el libro de Arguedas, *Pueblo enfermo*, para realizar una relectura de la Argentina —que ya en buena parte realizara Martínez Estrada en *Radiografía de la Pampa*— a partir de los conceptos trazados por el pensador hispano, no por casualidad condenado al exilio durante una parte del transcurso de su vida.

Exactamente, Unamuno comprendió con radical hondura, a partir de los variados ejemplos de la vida del Cid, el sano juicio de Sancho Panza, los sueños de gloria de don Quijote y las luchas constantes que se desencadenaban en la sociedad española y no le permitían remontar el vuelo, lo obligaban a revolcarse en la ciénaga de la tierra y a repetir constantemente el error del crimen cainita —representado en el *Abel Sánchez* por el crimen realizado por Joaquín Monegro (Caín) contra su envidiado amigo Abel— que el país hispánico estaba radicalmente dominado por la envidia (la ceguera)⁸ —el tema fundamental de la obra de Ernesto Sábato— y su conciencia de vivir enredado entre las costras del pecado original. «Aquí se cumple el misterio de siempre, el verdadero misterio del pecado original, la condenación de la idea al tiempo y al espacio, al cuerpo. Así vemos que el nombre, cuerpo del

8. Nos señala Unamuno en su prólogo a la segunda edición de su *Abel Sánchez*: «¡qué trágica mi experiencia de la vida española! Salvador de Madariaga, comparando ingleses, franceses y españoles dice que en el reparto de los vicios capitales de que todos padecemos, al inglés le tocó más hipocresía que a los otros dos, al francés más avaricia y al español más envidia. Y esta terrible envidia, phthonos de los griegos, pueblo democrático y más bien demagógico como el español, ha sido el fermento de la vida social española. Lo supo acaso mejor que nadie Quevedo; lo supo Fray Luis de León. Acaso la soberbia de Felipe II no fue más que envidia. “La envidia nació en Cataluña”, me decía una vez Cambó en la plaza Mayor de Salamanca. ¿Por qué no en España? Toda esa apestosa enemiga de los neutros, de los hombres de sus casas, contra los políticos, ¿qué es sino envidia? ¿De dónde nació la vieja Inquisición, hoy rediviva?, en UNAMUNO, Miguel de. *Abel Sánchez*. Madrid: Alianza Editorial. 2004. 63 pp.).

concepto, al que le da vida y carne, acaba por ahogarle muchas veces si no sabe redimirse⁹, nos dirá el escritor vasco, acaso ya concienciado de la manifiesta imposibilidad de esta redención hispánica, dadas las condiciones que habían facilitado su eclosión descollante a finales del siglo xv y su ruinosa decadencia a principios del siglo xx.

Unamuno, por tanto, se animó a leer gran parte de la historia del país hispánico y el desencanto que surgiría del mismo a partir de la necesidad originada porque la tierra habitada, deseada y que llevaría a los españoles a desangrarse por poseerla por entero (España, Eva) no diera un fruto rentable y sus pastores, los futuros ganaderos, se vieran obligados constantemente a la errancia trashumante. Asunto que en realidad habría de resultar fatigoso a los herederos de los privilegios de Abel obligados a llevar bajo sus espaldas el peso del castigo cainita.

Porque la contradicción hispánica, castellana, bien entendida por Unamuno a través de su estudio de la siempre recurrente historia de Caín y Abel, no era otra que la necesidad del ciudadano de Castilla, una vez reconquistada España de ejercer de señor de la tierra y la dificultad —especie de castigo divino decretado contra aquellos que ejecutan las ordenes de Yahvé— que tuvieron en extraer los frutos necesarios de la misma. Inquieta Unamuno sobre su lectura del mito judío de Caín y Abel, la diferencia entre el pastor y el agricultor y su influencia en el país hispánico:

El pueblo judío, pueblo de pastoreo, se percató tan a fondo del alcance de semejante diferencia, que en la leyenda que encarnó su concepción de la historia humana hace arrancar ésta de la enemistad entre pastores y agricultores [...] «En este relato hay que admitir dos cosas, y son: la una, el poner en el comienzo ya de la historia la disensión entre los sedentarios labradores y los pastores errantes y peregrinos, y la otra, el cargar el primer homicidio que en la tierra se cometió, no a la lucha por la subsistencia, sino a la envidia, pues al ver Caín que el Señor miraba con agrado a su hermano y no a él “ensañóse en gran manera y decayó su semblante” (Génesis, IV, 5) Ambos (*sic*) vislumbres del ingenio judaico se corroboran en nuestra historia y psicología españolas¹⁰.

De esta manera, nos señala Unamuno que en la psicología del castellano «su espíritu» [...] era «de ganadero más que de labrador». Pero, que por el contrario, como explicaba Salinas en su *Hampa*, para explicar la etiología del picarismo, «la pobreza» del «suelo» obliga(ba) a la vagabundez». Lo que, ineludiblemente, hubo de crear una necesidad en los reconquistadores de España de salir de su condición de nómadas, su lucha continua contra la miseria y el hambre, «que (los) obligó durante siglos a mantener (se) dedicado(s), en las mesetas centrales, a pastos y montes más que a tierras labrantías y de pan a llevar»¹¹ de hacerse con los frutos

9. En UNAMUNO, Miguel de. *En torno al casticismo*. Madrid: Alianza Editorial. 2002. 35 pp.

10. *Ibid.*, pp. 16-17.

11. *Ibid.*, 17 pp.

dorados de aquella tierra de la que se contaban legendarias historias sobre sus pastos fértiles que no deberían trabajar: América.

Y desde este punto de vista —que influenciará de manera decisiva a Murena, Arciniegas, Sábato y, por supuesto, a Martínez Estrada, entre otros—, Unamuno lee la conquista americana al igual que la reconquista hispánica en clave abélica. Además de advertir que es el odio, el miedo del hombre hispánico a verse reconocido en Caín, a vivir su desventura (el humillante trabajo de recolector de frutos) lo que lo inclinará en nombre de Cristo, Yahvé o cualquier nombre a través del que pueda ocultar sus verdaderas ambiciones a devenir conquistador. Vuelve a señalarnos Unamuno:

Muy bien caracteriza Martin S.A. Hume al español cuando dice de él, en el capítulo VII de su libro *The spanish people*, que el español neto continuó siendo, como ha sido siempre, agricultor por necesidad y pastor por vocación, cuando no era soldado. [...] Y es que el pastor por vocación, por tradición y por herencia, es cosa sabida, antes que encorvarse a la estepa, se mete a buhonero, a merchante andariego, a aventurero, o a conquistador. Si se buscara la filiación de nuestros conquistadores en América estoy seguro que se hallaría que los más de ellos eran, como Hernán Cortés y Pizarro, de tierras de dehesas y montañas, y no de las pingües y mollares huertas; que eran pastores y no huertanos. El odio mismo del castellano al morisco no creo arrancara de otra razón; era el odio de los hijos de Abel a los de Caín, porque también los abelinos odian y envidian¹².

Asimismo, resulta sumamente esclarecedor el observar cómo Unamuno supo observar y delimitar en su *Abel Sánchez* las razones de esta ceguera perpetua hispánica en una metáfora de gran valía a la hora de trasladarla al ejemplo del país argentino donde los guardianes del territorio (la clase terrateniente abelita) iría estrechando en dictaduras de toda condición a la clase emigrante (cainita) llegada a la Argentina durante el siglo xx. Porque, para Unamuno, la ceguera tradicional del hispanismo —como hemos visto— fue decisiva a la hora de influir en la manera en que se realizó la conquista americana y, por supuesto, en la construcción del país argentino. Así, por ejemplo, nos dirá de los conquistadores en palabras que podían haber sido pronunciadas, a su vez, por Martínez Estrada: «No construyeron filosofía propia inductiva ni abrieron los ojos al mundo para ser por él llevados a su motivo sinfónico; quisieron cerrarlos al exterior para abrirlos a la contemplación de las “verdades desnudas”, en noche oscura de fe, vacíos de aprehensiones, buscando en el hondón del alma, en su centro e íntimo ser, en el castillo interior, la “sustancia de los secretos”, la ley viva del Universo»¹³. O lo que es lo mismo, volcaron su mirada hacia el interior pero no fueron capaces de retirarla del mismo para ir conformándola a los cambios que la misma vida les sugería: características que tanto Sábato, Arciniegas, Martínez Estrada o Murena destacarían en diversas obras para entender el porqué y las claves de la construcción de América y del país argentino.

12. *Ibid.*, 18 pp.

13. *Ibid.*, 111 pp.

Efectivamente, gracias a una lectura atenta del *Abel Sánchez* podemos constatar no sólo los últimos motivos que darían lugar a la guerra civil española sino entender mejor por qué se engendrarían las guerras entre los argentinos, la muerte de Dorrego a manos del general Lavalle a la que se hace referencia en *Sobre héroes y tumbas* o el por qué Juan Pablo Castel se empeñará en *El túnel* en recubrirse de palabras para no querer observar su verdadera realidad. Pues si atendemos a las razones que nos sugiere la escalofriante obra de Unamuno, el talante hispánico estaba configurado desde raíz por la imposibilidad de aceptar, reconocer lo que se es. Lo que irremediamente habría de generar esa necesidad de ser reconocido, envidiado —en realidad, una necesidad de ser aniquilado, de ser vencido precozmente en una batalla sin principio ni final— que caracterizará al Caín dibujado por Unamuno: Joaquín Monegros. Como, a su vez, esta actitud generaría en el Abel de Unamuno, un gesto narcisístico de enaltecimiento que, en realidad, es anhelo de evasión de la responsabilidad que se tiene sobre el porqué del manejo y el sustento de la tierra, de sumirse únicamente en su goce y que da lugar a su talante de víctima propiciatoria en manos de Monegros que, cegado por su envidia, comete el acto asesino que justificará la posterior revancha ancestral contra Caín por parte de los partidarios de Abel.

Pues si algo observó con clarividencia Unamuno es que — pese a su amor íntimo y no escondido por el personaje de Caín— la imposibilidad de diferenciar su lucha y derecho solicitados de los de Abel, es lo que habría de generar un conflicto indiferenciado entre hermanos que llevaría a España a plegarse a la ley de la falta, del pecado que sustentara el Antiguo Testamento.

De hecho, toda la voz y lamentos de Unamuno ya está predicha en aquella frase de Joaquín Monegros en las que se cifra toda la tragedia hispánica: «¿Por qué nací en tierra de odios? En tierra en que el precepto parece ser: “Odia a tu prójimo como a ti mismo”. Porque he vivido odiándole, porque aquí todos vivimos odiándonos»¹⁴. (Unamuno, 2004:176 y 177). Y no resulta extraño entender que tras el halago que Joaquín Monegros realiza sobre el retrato pictórico que de Caín consumara Abel Sánchez, se esconde un sórdido secreto escondido y jamás revelado a nadie y del que, con seguridad, aprendiera Sábato: no hay ni puede haber diferencia entre Caín y Abel mientras el hombre siga siendo esclavo de la materia, siga estando sometido al juicio todopoderoso de Yahvé.

Así, en verdad, lo pone de manifiesto esa aparentemente inocente historia que Joaquín Monegros cuenta a Abel Sánchez y que, resuena capciosamente desde la franqueza y virulencia con que Unamuno retrata a la España de antes de la guerra presta a caer bajo los lazos del gobierno del reino único implantado por el general Franco y que más tarde, se hará realidad en la Argentina bajo la tristemente famosa historia de los desaparecidos o su tormentosa historia de continuas dictaduras: «¿No has oído nunca una especie de broma que gastan con los niños que aprenden de

14. UNAMUNO, Miguel de. *Abel Sánchez*. Madrid: Alianza Editorial. 2004. pp. 176-177.

memoria la Historia Sagrada cuando les preguntan: «¿Quién mató a Caín? —¡No!— Pues sí, les preguntan eso, y los niños confundiéndose, suelen decir: ¡Su hermano Abel!»¹⁵. Aunque, en verdad, si un pasaje de *Abel Sánchez* hemos de rescatar para validar su significación alusiva sobre el país argentino y las consecuencias que de este examen de conciencia realizado en nombre del padre hispánico se pueden extraer para volcarlas sobre su historia, no es sino aquella en la que Joaquín Monegros revela las verdaderas intenciones que le llevaron a perpetrar, cual siniestra Celestina, el matrimonio entre su hija y el hijo de Abel Sánchez. Nos dice en esta confesión Monegros:

Pensaba que acaso un día tus hijos, mis nietos, los hijos de su hijo, sus nietos, al heredar nuestra sangres, se encontrarán con la guerra dentro, con el odio en sí mismos. ¿Pero no es acaso el odio a sí mismo, a la propia sangre, el único remedio contra el odio a los demás? La Escritura dice que en el seno de Rebeca se peleaban ya Esaú y Jacob. ¡Quién sabe si un día no concebirás tú dos mellizos, el uno con mi sangre y el otro con la suya, y se pelearán y se odiarán ya desde tu seno y antes de salir al aire y a la conciencia! Porque ésta es la tragedia humana y todo hombre es, como Job, hijo de la contradicción. Y he temblado al pensar que acaso os junté, no para unir, sino para separar aún más vuestras sangres, para perpetuar un odio¹⁶.

Un odio que, en el afán por disfrutar de la madre original que había de pertenecer al Caín o al Abel hispánico, les llevaría ineludiblemente a pelear en una innombrable guerra de la que todavía no se ha recuperado la memoria colectiva del pueblo hispánico y que, únicamente el lento y el paso del tiempo o la mirada objetiva de tantos estudiosos extranjeros ha ayudado a sacar a luz del olvido al que ha sido sometido por lo traumático de su recuerdo.

Es decir, Unamuno ya lo pone claro desde un principio. Es en España, es su ancestral ceguera y reconocimiento del otro, donde habríamos de buscar los motivos que pudieran hacernos entender a los españoles el porqué de nuestra progresiva decadencia durante siglos y es, a la vez allí, donde la ciudadanía argentina, heredera e hija de aquel odio que ya germinase en el vientre de Rebeca la rivalidad entre Jacob (Sarmiento) y Esaú (Rosas) habría de comenzar por comprender las razones de su exilio y de su estado actual. Y, desde este punto de vista, se entenderá que una de las historias fundadoras de la Argentina excelentemente narrada por Manuel Mújica Lainez en su *Misteriosa Buenos Aires* —la ingestión del cuerpo de su hermano muerto por parte de un general hispano llamado Baistos— no es sino el reflejo degradado y degradante que ya anunciaba la futura autodestrucción del reino hispánico como, a su vez, un reflejo sin dobleces de la lucha interna que se comenzó a generar en la propia España una vez se expulsó a los moriscos y a los judíos y que no estalló en la misma anteriormente gracias a las continuas guerras con los reinos extranjeros y su progresiva expansión y conquista de América.

15. *Ibid.*, 10. pp.

16. *Ibid.*, 11 pp.

Acaso por ello, cuando Joaquín Monegros se avalance sobre la Biblia y la abra exactamente por el pasaje en que Jehová pregunta a Abel dónde se encuentra su hermano, éste exprese desangelado: «¿Dónde estoy yo?»¹⁷. Pues en su alma partida, dividida y sin paz ni consuelo alguno, sentirá la imposibilidad de separarse —debido a su inveterado odio— de todo aquello que posee Abel Sánchez, de aquel que dice detestar y con quien rivaliza, a quien intenta imitar y, al mismo tiempo, mostrará de manera inconsciente pero esclarecedora cómo su simiente cainita y envenenada, fusionada con la de Abel se ha extendido por todos aquellos parajes, confines a los que llegara la cultura judeo-cristiana. Entre ellos, por supuesto, Argentina.

De hecho, el gran amigo de Unamuno, Enrique Larreta, en *La gloria de don Ramiro* hubo de sumergirse en las razones y raíces que llevaron a España a formar un reino único, con el fin de comprender mejor la estructura de pensamiento, las motivaciones últimas que habían configurado el país argentino como una suerte de nuevo Israel. Y es desde este punto de vista, como la novela de Larreta, con su héroe sacudido y enfrentado al tormentoso reinado de lo oscuro —el destierro del mestizaje y la pluralidad— permite, en diálogo fecundo con la de Unamuno, no sólo entender el porqué de la decadencia hispánica sino la ideología que formara el país argentino y que, ineludiblemente, podemos encontrar en, por ejemplo, uno de los variados y repetitivos discursos que el canónigo que adoctrina a Ramiro le repite insistentemente:

porque hay otra ley, hijo mío [...] otra ley más anciana, ley de los pueblos; hay otro testamento donde Dios mismo, con su propia palabra, dicta la sentencia a los impíos, diciendo a Moisés: «Pondrás con mi favor el cuchillo a la garganta del Amorreo, del Cananeo, del Ferezeo, del Heteo, del Heveo, del Jesubeo, hasta quitalles la vida»; agregando «y no tengas con ellos misericordia», *nec misereberis earum*. Y asimismo, por boca del profeta Samuel mandóle decir a Saúl que destruyera a los Amalecitas, sin perdonar a hombres, ni mujeres, ni niños aunque fuesen de leche, a fin de no dejar rastro ninguno de ellos ni de sus haciendas. Nosotros debemos también, como un acto expiatorio, descepar de cuajo de nuestro suelo esta planta ponzoñosa. No echemos en olvido que somos en los modernos tiempos, el pueblo de Dios, como lo fue Israel en los antiguos. [...] El miedo a la sangre [...] es un bajo instinto del hombre. Jehová se espanta del vicio, de la impiedad de un solo pecado, pero no de la sangre vertida justicieramente¹⁸.

Además, siguiendo con la obra de Larreta, habríamos de destacar (continuando la idea ya fijada anteriormente por Unamuno del hombre castellano como continuador de Abel, del dominio ganadero y, por tanto, apocado más al descanso, a cuidar su fortuna más que al trabajo a la lucha) ese excelente retrato que nos ofrece

17. *Ibid.*, 129 pp.

18. LARRETA, Enrique. *La gloria de don Ramiro*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina. 1968. 56 pp.

del mismo Larreta a partir de la progresiva ruina —ante la que no ejerce acción positiva alguna— que sufrirá el abuelo de Ramiro, apocado a la venta de sus posesiones antes que al trabajo.

Por tanto —vistos los ejemplos anteriores— y la imposibilidad de aunar los contrarios o los opuestos dentro del carácter hispánico heredado por el pueblo argentino, se comprenderá que Ernesto Sábato fuera diluyendo por todos sus textos la influencia de la gnosis en la medida en que el saber gnóstico al poner a Dios y el conocimiento del mismo a través de una identidad divina que nos es común a todos en primer plano, ayuda a romper las diferencias y las erradas percepciones de visión que los hombres sometidos al poder de los arcontes, de las sombras poseemos de nosotros mismos. Es decir, ayuda a entender desde el primer momento —en una metáfora cara a Sábato, y que ya podemos extraer de Plotino y la particular síntesis que éste hace de la obra de Heráclito y la de Platón, de las enseñanzas de Cristo— que todo es Uno, en un sentido que permite entender que la lucha constante de Caín y de Abel por diferenciarse y enfrentarse mutuamente, de los hombres por proseguir con su particular batalla material no es sino una manera de no enfrentarse a la verdad. La tierra es de todos y no ha sido donada a nadie en exclusiva.

Y en el sentido en que Plotino, los barbelognósticos, los cabalistas o los mandeos consideran, cada uno de manera diferenciada pero con sus ineludibles semejanzas, que este mismo mundo está errado y hay que buscar detrás su configuración material, la verdad inaugural que, en realidad, lo configura, se entenderá que la menor lucha en pos de la posesión de la tierra, el encadenamiento posesivo del hombre a la misma no es sino un deseo impostado por el demonio en él. Es decir, una falta o ausencia de visión verdadera de la verdadera batalla que debe librar el hombre: religarse con lo originario, como pudiera decir Unamuno¹⁹ indignado al observar que el pueblo hispánico era incapaz de destrozar y romper la dicotomía diabólica que escinde a Caín y Abel en dos, los unifica sin poder observar lo esencial de sus contradicciones cayendo arrojado, por tanto, bajo las sombras violentas de este mundo. Pues es esta sujeción a los poderes y flujos de la tierra —en definitiva, un deseo incontrolado por sumergirse en el pecado, en el anhelo invertido de ser único amante de la madre tierra Eva— si algo pone de manifiesto es que el hombre se encuentra sujeto a aquella dialéctica de amo-esclavo (el poseedor de los bienes y leyes de la tierra y su arrendatario) que definiera Hegel con tanta

19. Dice Unamuno en explícita aclaración: «El hombre, esto es lo que hemos de buscar en nuestra alma. Y hay, sin embargo, un verdadero furor por buscar en sí lo menos humano; llega la ceguera a tal punto, que llamamos original a lo menos original. Porque lo original no es la mueca, ni el gesto, ni la distinción, ni lo original; lo verdaderamente original es lo originario, la humanidad en nosotros. ¡Gran locura la de querer despojarnos del fondo común a todos, de la masa idéntica sobre la que se moldean las formas diferenciales de lo que se nos asemeja y une, de lo que hace que seamos prójimos, de la madre del amor, en fin, del hombre, del verdadero hombre, del legado de la especie!», en UNAMUNO, Miguel de. *En torno al casticismo*. Madrid: Alianza Editorial. 2002. 44 pp.

exactitud y que, posteriormente, cobraría visos nunca jamás vistos hasta entonces con la llegada del nazismo: la primera «mística fuera de toda moral» o la «primera iglesia edificada desde la nada»²⁰, tal y como la definiera Albert Camus.

Es decir, la primera revolución que hizo del hombre un Dios omnipotente, sometido al dominio de su furia y libertad sin control que terminó obviamente con su propia aniquilización. Porque en el fondo del nazismo, la lucha de Monegros por imponerse a sí mismo y a Abel Sánchez o el gesto de Juan Pablo Castel asesinando a María Iribarne, se labra el seno de una rebelión de signo negativo que intenta levantar, edificar el reinado de Caín sobre el ya levantado por Satán. Se ubica la caída en primer plano, la mirada del ser humano se prende de las alas caídas del Satán de Milton y forja una batalla furibunda por destrozar a Yahvé, por hacerse dueño del reino que solamente él posee para levantar una ciudad levantada a partir del fuego, de las llamas que salen de la tensión no resuelta entre los hombres que alcanzan este trono y la realidad a la que imponen sus dictados sin importar quiénes caen ante sus tiránicas órdenes. Donde únicamente importan aquellos quienes mandan y los que obedecen en la medida en que someten sus actos a una nada, una sombra tiránica disuelta en la realidad y con ojos dorados que, sin embargo, puede llevarles a la muerte si desacatan sus dictados. Pues éste es el reino labrado por Caín cuando se ciega en su obsesión, el castillo donde el hombre se consume a sí mismo y sus pecados cuando decide atacar con las mismas armas con las que fue humillado por Abel y sus legiones de tiránico e hieráticos dictadores, políticos o sacerdotes encadenados como estatuas inertes al poder bendecido por la ley.

Y no otro es el reino que intentará imponer y bajo el que quedará subyugado, esclavizado Juan Pablo Castel en *El túnel*, derrotado por la furia con que castiga, golpea las palabras para imponer el reino de su ego destronado sobre el de todos sus compatriotas, todos su congéneres. Porque el peligro del ego es el riesgo, la tentación mayor de Caín y cuando éste decide disparar —al igual que Abel— sus balas no son de fogueo sino que se extienden como una llamarada incontenible sobre el árbol de la vida, en el que, como nos han enseñado la cábala, la gnosis, todos los contrarios se encontraban reunidos.

Y es la figura del andrógino, el Cristo transfigurado, según la gnosis, —y por ello Sábato disuelve su figura elidida por toda su narrativa— la única que viene en rescate del hombre escindido en su parte cainita y abelita en la medida en que gracias a su ambigüedad, su carácter escurridizo, sugerente y unificador ofrece una síntesis de noche y día, de fidelidad y traición, pasión y nobleza al mismo tiempo que puede convocar en tiempos de mascarada y crimen, una mirada que permita recomponer lo originario humano. Esto es, sin dejar de separar noche y día, hombre y mujer o la parte cainita y abelita del hombre, el andrógino los une en

20. CAMUS, Albert. *El hombre rebelde*. Madrid: Alianza Editorial. 2001. 217 pp.

su exterioridad a la vez que en su interioridad velada y oculta a la mirada del hombre, permitiendo entender al hombre rebelde de todos los tiempos que esa pasión sin freno que lo lleva a la aniquilación, se sustenta en una falla ilógica, en una equivocación de la búsqueda y un apresuramiento a la hora de enfrentarse a su verdadero problema.

Pues es la promesa, la visión de un ángel andrógino, futura utopía de una cultura mestiza, lo que permite a los judíos soportar su sufrimiento frente a las hordas de demonios nazis, quien ofrece y labra los misterios de la cábala y deshace los entresijos ocultos de las tropas de Sión. Como, a su vez, el sincretismo que generó el gnosticismo o gran parte de los movimientos artísticos generados en América del Sur, una vez que el indígena pudo asumir el tremendo choque que significó la llegada del catolicismo, no dejan de ser muestras de ese deseo de unificación sin confusión que el andrógino, la gnosis o bien la filosofía china o tibetana, como bien entendería Octavio Paz, muestran que ha de esconderse y sustentar toda cultura viva. A todo hombre vivo. Más allá de su particular separación en Caín y Abel, cuya separación imposible o su unión inmeditada sólo puede degenerar en muerte y lucha fraternal, en pervivencia del rencor y el odio y la lucha eterna entre las distintas partes del hombre como ha mostrado tantas veces, por ejemplo, la división eterna que rodea a la sociedad argentina ya no sólo entre los conceptos de barbarie o civilización, unitarismo o federalismo o mismamente, peronismo y antiperonismo, sino —como saben bien los que sufren y disfrutan de aquella tierra— sobre cualquier tema sobre el que se plantee una discusión o debate civil.

Exactamente, hay una escena en el *Abel Sánchez* de Unamuno que ha de permitirnos comprender mejor el crimen que, más tarde, realizará Castel contra María, su vía lumínica a una posible salvación y el opuesto virginal al pecado original que lo encadena a la tierra —a él y a todo al pueblo argentino— y sólo permite entender el asesinato o el crimen como salida a su onerosa realidad. Se trata de aquella en que Monegros muestra su sorpresa porque Abel Sánchez se haya dedicado a pintar vírgenes y que su único modelo haya sido su mujer, Helena. El momento en que una duda dogmática interroga contradictoriamente la mente de Monegros que pretende refutar el arte de Abel por su impostura religiosa y su odiado camarada le responde con seguridad ante sus demandas: «toda madre es virgen en cuanto es madre»²¹. Porque es esta la verdad —la fertilidad de la tierra, la ruptura del contrato de fidelidad única a su hijo que María frente a la pecadora Eva viene a instituir sobre la tierra— que no podrán soportar Monegros ni Castel en la medida en que, como caínes que se enorgullecen de su falta pero al mismo tiempo la aborrecen, la maternidad mariana inteligentemente construida por el agustinismo, les hacía olvidarse de su problema y terror fundamental: ¿De quién son realmente hijos? ¿Quién fecundó a su bendita madre, María, a su añorada madre Eva, les dio

21. UNAMUNO, Miguel de. *Abel Sánchez*. Madrid: Alianza Editorial. 2004. 217 pp.

la vida y luego les apartó de ella brutalmente? ¿Quién es ese Dios terrible que habla a través de ellos y esconde su presencia en el seno de la mujer que más aman o amaron para hacerles ver con claridad que, en realidad, están atados a la vida de la carne, del pecado y que nada de lo que hagan —un crimen o un meritorio acto— podrá salvarles del castigo que merecen por haber transgredido la ley? ¿O es que acaso un hijo puede amar a su madre, devorarse en su abrazo y confundirse con ella sin ser crucificado, sin ser devorado por la ley?

Si volvemos a entender la obra de Unamuno como una metáfora de una España dividida, como la imposible resolución y ensamblaje de los contrarios en que degenera todo reino de lo único —que es, en el fondo un reino de rebeldía forjado por el hombre contra el propio hombre— terminando por autodestruirse, podemos extraer unas conclusiones exactas que nos han de servir mejor para comprender el camino que inicia Sábato con Castel.

Abel Sánchez es artista mientras que Monegros es médico, científico; el uno es envidioso, el otro admirado; uno evasivo y genial y otro trabajador y esforzado, y la tragedia surge de la imposibilidad de reconciliar estos dos contrarios en uno. Esas son las exactas consecuencias que ha rastreado Unamuno en la efervescencia del catolicismo en la España, donde hemos de situar las causas de su no tan antigua desgracia y a las que se vuelve Sábato para comprender la escisión irreconciliable de opuestos que han degenerado en la esclerótica cultura occidental contemporánea en la que nos encontramos inmersos y que degeneraran y se bifurcaran hasta desembocar en esa, aparentemente incomprensible, rabiosa y revuelta Argentina en la que habita.

Al fin y al cabo, no deja de ser normal este hecho. Exactamente, nuestra cultura influenciada irremisiblemente por lectura canónica de la Biblia determina ya esta realidad. La Torah comienza por la segunda letra del alfabeto hebraico, Beth, que determina el mundo de la dualidad donde vivimos desde el comienzo (Berechit). Y la unidad es ocupada en el mito judío por el Elohim, cuya radical ambigüedad y poder todopoderoso que el hombre no puede alcanzar, sus juicios insospechados, lo conducen más a la sospecha y al respeto temeroso de la divinidad que a un diálogo o un deseo de fusión con el absoluto, el origen.

Y es a partir de la imposibilidad de reconciliar los opuestos —la luna y el sol, la tierra y el cielo, la sangrante separación del inicio (Berechit)— que llevarán más tarde a Martín en *Sobre héroes y tumbas* como a Ramiro en *La gloria de don Ramiro* a buscar la paz en los confines de otro mundo y que no permitirán que Ábel Sánchez y Monegros —en el diálogo de sordos que los caracteriza— puedan firmar un pacto de no agresión, de paz, donde debemos seguir cifrando el porqué de la narrativa sabatina y su apego a la gnosis. Es desde aquí que, podemos entender, el maniqueísmo —al fin, una gnosis de los persas— que caracteriza la obra de Sábato y que no permite reconciliar los contrarios, como él mismo ha indicado con su procelosa biografía, sino es a través del valor de enfrentarse a la vida con la fe que es

el atributo que legó Cristo a todos los oprimidos y la llama que aún en tiempos de discordia ha sostenido la lucha, toda la obra de Sábato.

Porque es contra la imposibilidad de unificar, de romper con el evasivo gesto que religa lo material y lo espiritual y nos hace uno con todo lo pre-existente sin necesidad de desligarnos de esta vida, contra lo que la obra de Sábato como la de Bataille, Artaud o Michaux o, mismamente, la producida por la *beat generation* —con Burroughs y sus manifiestos apocalípticos, lúcidos y visionarios sobre el estado del hombre actual a la cabeza— han intentado luchar, mostrando cuál ha de ser una de las posibles vías del hombre para enfrentar esta sórdida realidad. Adentrarse en las entrañas de la vida sin miedo a ella, gozarla y exprimirla al máximo sin que esto suponga un acto evasivo sino la realización plena de los poderes que la creación otorgó al hombre y, aunque para ello haya, como enseña Dostoievsky, que traspasar los umbrales del conocimiento, los límites del hombre, para afrontar el dolor. Porque este dolor no es sino el duro camino que la conciencia ha de recorrer para reintegrarse con su opuesto —su particular Caín o Abel— perdido y desubicado desde que el hombre tomara del fruto del árbol acaso todavía no maduro, como inteligentemente lo vislumbrara Schiller, del conocimiento, desintegrando la armonía que integraba perfectamente al bien y al mal en el mismo. Y es en la medida en que el hombre entienda que ha de realizar esta operación a través, precisamente, de la aceptación de esta caída, de su lucha con las fuerzas materiales y de su condición esclava en el mundo que podrá, como señalará William Blake, en metáfora cara a Rilke, traspasar las puertas de la percepción y asistir a su verdadero estatuto y don divino donado por el creador. Podrá construir un Nuevo Edén que es la promesa que siempre aparece tras la tarea donada al hombre de hacer preservar, perdurar, construir y reconstruir tantas veces como haga falta la antigua Jerusalén que es siempre ofrecimiento de que cualquier ciudad o comunidad podrá realizar el tránsito exigido a su primer fundador, Caín. Esto es, de ser Sodoma o Gomorra a devenir Jerusalén. De Caín a Cristo. Y de Cristo al mundo, al resto de las ciudades, a los eones, al pleroma, a través de la creación. Nunca de la destrucción.

En definitiva, es así como entiendo el gnosticismo de Sábato y cómo maneja el escritor argentino la influencia recibida por Unamuno y Martínez Estrada con la intención de expandir la conciencia del hombre, romper los cielos y rasgar el velo de Maya para que comience a brotar de las palabras el maná que falta a tantos honrados hombres de su patria que se vieron castigados por el infortunio, el exilio o la desgracia.

BIBLIOGRAFÍA

- CAMUS, Albert. *El hombre rebelde*. Madrid: Alianza Editorial, 2001.
- DELEUZE, Gilles. *Sacher Masoch & Sade*. Córdoba: Editorial Universitaria, 1969.
- DERISI, Octavio N. *Estudios de Metafísica y Gnoseología. I. Metafísica*. Buenos Aires: Editorial de la Universidad Católica Argentina, 1985.
- GRAVES, Robert y PATAI, Raphael. *Los mitos hebreos*. Madrid: Alianza Editorial, 2001.
- LARRETA, Enrique. *La gloria de don Ramiro*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1968.
- MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel. *Radiografía de la Pampa*. Buenos Aires: Losada, 1983.
- MURENA, Héctor A. *Visiones de Babel*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- ROZITCHNER, León. *La Cosa y la Cruz. Cristianismo y Capitalismo. (En torno a las Confesiones de San Agustín)*. Buenos Aires: Losada, 2001.
- SÁBATO, Ernesto. *Obra Completa. Narrativa*. Buenos Aires: Planeta Argentina. SA./ Seix Barral, 2000.
- UNAMUNO, Miguel de. *Abel Sánchez*. Madrid: Alianza Editorial, 2004.
- . *En torno al casticismo*. Madrid: Alianza Editorial, 2002.